

las ideas violentas y las ideas extremistas que la libertad individual y el bienestar colectivo».—A. T.

<https://doi.org/10.29393/At143-112GKCS10112>

CAMINOS EN SOLEDAD.—Poemas, por *Carlos René Correa*.—Editorial Nascimento.—Santiago.

Mucho que ver y poco que admirar hemos encontrado en estos «Caminos en Soledad». Mucha flor, mucho pájaro, muchos campos y noches con estrellas, y muchas otras cosas bellas y ostensibles; pero no hemos encontrado «la cosa» íntima y recóndita que se acurruca en lo hondo de la psiquis del poeta: esa cosa que levanta su vuelo imprevisto, como alondra del surco, y sorprende nuestra imaginación con el diestro giro impensado o con el concepto estremecido y gozoso.

Y no es que al autor le falten particulares y personales condiciones emotivas: es que ha andado su camino demasiado embelesado en la fácil y mística contemplación del panorama objetivo. Panorama copioso de elementos, sin duda alguna, aunque sin mayor variedad ni relieve, que el poeta capta y canta con un entusiasmo parejo, sin llegar al tono alto de la pasión, ni caer tampoco en triviales alternativas. Falta de técnica, en gran parte, bien explicable en la juventud del autor; puesto que sabemos por el prólogo del libro, que estos poemas fueron escritos en un Seminario; y aunque no tienen mucho olor a santidad, tienen mucho olor a infancia y a inocencia. Acaso también haya de atribuirse esa falta de experiencia a la ausencia, o tardanza, en la vida del poeta, de ese gran maestro, el Amor. Porque, es curioso notar que de los sesenta y tantos poemas de este jugoso devocionario lírico, ninguno de ellos ha sido oficiado en el altar mayor de la Poesía.

Dice Francisco Donoso en el prólogo de «Caminos en Soledad», que su autor aprendió primero a escribir en verso antes

que en prosa, «lo cual ha sido considerado siempre como una ventaja para el estilo del escritor». Para el estilo, quizá... porque en lo demás, nosotros no estamos de acuerdo con esa general consideración (que no creemos sea la particular del fino poeta y prologuista); y tememos en cambio que esa facilidad de expresarse en verso estimule superficialmente las condiciones del poeta. La dificultad aguija el pensamiento, sutiliza la imaginación, y la sensibilidad se repliega y busca, dentro, y salta al fin la cabal poesía. «Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu», dijo Nietzsche.

Esa facilidad poética de expresión es la que ha hecho escribir a Carlos René Correa estrofas tan febles y bonitas como ésta:

*«Los cristales de la lluvia
han besado mi ventana.
¡Qué suavidad en sus dedos
tienen las manos del agua!...».*

(Lluvia; pág. 23).

Elementos bellos; pero disímiles, incongruentes en una misma imagen.

Se repiten estos defectos a menudo. Y a menudo, una imagen malogra el efecto de otra:

*«Las nubes de la mañana
son racimos de mi viña,
el sol las ha puesto rubias
como si fuesen espigas.*

(Amanecer; pág. 36).

¿Qué encuentra el poeta de común parecido entre las espigas y los racimos? Tampoco suelen contemporizar ni armonizar muy bien los distintos versos en una misma estrofa, y la facundia del autor ha saltado fácilmente por sobre los aspectos sucesivos de las imágenes:

«Ha mirado la tarde marinera
 «a» los verdes pinares de la senda;
 canto de atardecer en las quebradas,
 en el azul del mar, la luz de las estrellas!...».

(La Tarde sobre el Mar; pág. 91).

A la inexperta juventud del poeta habría que cargarle también algunas expresiones de dudoso gusto para nosotros, como esas de «vegetales confidencias», «heraldos vegetales», «vientos autumnales», etc.; y aun, faltas gramaticales y de mal gusto a la vez, como el uso del acusativo femenino «la» en vez del dativo «le», en el verso: «otoño la trajo risa».

Bueno. A pesar de todos estos reparos hechos—y por eso mismo los hemos hecho—, este libro es un libro que vale como realidad, y más aun, como promesa. Por sobre la fragmentarja emotividad de sus poemas, que no logra aún cuajar en síntesis, y lo descolorido de las imágenes—descoloridas, como el verdín de los brotes primaverales—, están la riqueza prematura y la nobleza de esas mismas imágenes, la fácil belleza de la forma, y ese no sé qué indefinible pero presentible de la verdadera poesía. —GUILLERMO KOENENKAMPF.

POLICÉFALO Y SEÑORA, por Ramón Gómez de la Serna.

América del Sur empieza a ser un motivo cada vez más atrayente para los escritores europeos. Nuevos pueblos y paisajes, nuevos temas para el novelista errante. América del Sur y especialmente Argentina—por su mayor riqueza y por su Buenos Aires—constituye un buen cebo para los buscadores de realidades exóticas. Como España desde fines del siglo pasado hasta nuestros días, Suramérica tendrá a corto plazo su Barres, su Hemingway, su Mortherlant.